

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SIMI COHEN
AGUSTINA RECOLETA
JUDÍA CONVERTIDA**

S. MILLÁN – 2023

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

En la casa familiar.

Huida de casa.

San Rafael.

Bautismo.

Entrada al convento.

Vida religiosa.

Providencia de Dios.

Años sin novicias.

Comunión milagrosa.

Última enfermedad.

Comunión de los santos.

Su muerte.

Carta de Simi.

Hechos semejantes.

a) Conversión de Alfonso de Ratisbona.

b) La conversión.

c) Sor Juana de la Cruz.

d) Beata Cristiana de la Cruz.

e) Sor Pío de Pietrelcina.

f) Sor Ana de san Agustín.

g) San Juan Bosco.

h) Sor Ana de san Agustín.

i) Sor Mónica de Jesús.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de Simi Cohen, la judía gibraltareña que se hizo religiosa contemplativa agustino recoleta, es una vida extraordinaria. Ella tuvo la gracia de ver a la Virgen María y sentir la inmensa alegría de saber y experimentar que era su madre del alma. Como buena hija, durante toda su vida se esforzó por amarla con todo su corazón y le ofreció muchas flores de amor a lo largo de cada día con las oraciones y pequeños sacrificios. Todo le parecía poco para demostrar su amor a María, que la llevó al convento para experimentar la enorme alegría de ser esposa de Jesús, el Mesías prometido al pueblo de Israel. Fue una gracia que Dios le concedió por medio de la criada cristiana de su casa y como un regalo a sus deseos de amar al Dios de sus padres con toda su alma.

Nunca dudó que el Dios de sus padres era el mismo Dios de los cristianos, pero en la fe cristiana encontró también el amor de María y el amor de su querido esposo Jesús. Tuvo la gracia de encontrar en Cristo al Mesías prometido a su pueblo y creer firmemente en él.

Todo esto la llenó de una alegría tan grande que su vida, a pesar de los sufrimientos y enfermedades, era de una alegría permanente, de modo que al morir pudieron decir sus hermanas que había muerto con la sonrisa en los labios. Su biógrafa sor Inés dice: *Auxiliada del confesor y de la oración de sus hermanas, después de una larga pero suavísima agonía, voló su alma al Señor y quedó su cadáver con la misma sonrisa que tuvo en la agonía. Un destello de felicidad brillaba en aquellos restos mortales*¹.

En su vida y en su muerte Dios se glorificó y manifestó su gloria. ¡Bendito sea el Señor Dios de nuestros padres, el Dios de Israel y de los cristianos! ¡Bendito sea por siempre nuestro Padre Dios, a quien ella tanto invocaba rezando por sus familiares de fe judía para que se convirtieran o al menos que vivieran su fe con sinceridad para así encontrarse un día todos juntos en el Reino de Dios! Dice san Pablo: *Ya no hay judío o griego, escita, esclavo o libre, sino que Cristo es todo y en todos* (Col 3, 11). Cristo es el centro y culmen del universo, el principio y el fin de toda la Creación. Cristo es el Rey de Reyes y Señor de los Señores (Ap 17, 14). En él fueron creadas todas las cosas. Todo fue creado por él y para él. Él es el principio y el primogénito de entre los muertos y Dios quiso reconciliar por él y para él todas las cosas (Col 1, 15-20).

En conclusión, Jesús es el centro de nuestra fe, la plenitud del judaísmo, que se cumple con Cristo y el cristianismo. Por eso Simi vivió en sí misma la

¹ Bueno Lozano Martín, *Simi Cohen*, 2002, p. 124.

plenitud de la fe judía y Cristo fue para ella, como debe ser para todo cristiano, la plenitud de la fe y del amor de Dios.

Nota.- Al escribir la biografía de Simi, escrita por su amiga y compañera sor Inés del Corazón de María, hemos corregido la mala ortografía. También en ocasiones hemos quitado algunas palabras o introducidas otras para mejorar la lectura sin cambiar el sentido.

EN LA CASA FAMILIAR

Sor Inés del Corazón de María, que vivió muchos años con Simi en el convento y era su confidente, nos ha dejado unos apuntes de su vida. Nos dice sobre ella: *Nació el 4 de abril de 1801 en la Plaza de Gibraltar. Sus padres eran hebreos, caballeros nobles, descendientes de los que moraban en España, y eran rigurosos observantes de las Leyes del Señor, enseñadas por el santo Legislador Moisés. Su padre se llamaba Jacob Cohen, sacerdote de la tribu de Leví, y su Madre Ester Leví. Al nacer murió su madre y, como era tan buena, en el momento de expirar pidió a Dios que, si su hija no iba a ser buena, se muriera con ella. El Señor oyó su ferviente súplica y le concedió una hija santa. Su padre tuvo muchísimo esmero en su educación religiosa, inspirándole gran temor de Dios para ser muy observante de los mandamientos. El Señor la escogió para sí después de tener uso de razón, ya le que inspiraba otra vida más santa. Como no podía ella explicarse qué quería Dios ni tenía libros, se entregaba a hacer obras de caridad y visitar y consolar a los pobres, dando su comida y cuanto encontraba en la casa de sus padres a los pobres, a quienes amaba mucho y los compadecía. Su padre se alegraba de su buen corazón. Como tenía que asistir a la sinagoga como sacerdote, tenía que faltar de su casa y para que tuviera quien la educara y velara sobre ella, se casó y su esposa la amó como a hija y siguió custodiándola, pues todos esperaban cosas grandes de tan buenos principios.*

Por fortuna suya le pusieron una criada cristiana y viendo tan gran fondo de virtud, de bondad, amor a Dios y a los prójimos, y tal pureza de conciencia, y que todo esto tendría un premio siendo cristiana, le habló de nuestra sacrosanta y divina Religión, explicándole sus misterios y, como sus padres la habían instruido en la Sagrada Escritura y la tenían esperando al deseado Mesías, descubrió que ya había venido y le enternecía su muerte y sus llagas, profetizadas por el profeta Isaías. Ya no fue menester más para abrasar aquel ardiente y gran corazón, y se entregó a buscar a aquel amantísimo Dios para seguirlo. La criada le enseñó a rezar el santo rosario a la santísima Virgen y a sus instancias, dándole cuando podía de regalitos, privándose ella de ellos, le ayudaba a rezar el rosario a ocultas de sus padres. Se negaba a ir a la sinagoga y de aprender el hebreo, no fuera esto ocasión de dificultarle más su venida y

por esto la castigaban y mucho más un día que la cogieron con un cartilla en la mano para aprender a leer. La azotaron en las manos, poniéndoselas hinchadas para reventar la sangre y le hicieron grandes humillaciones tirándole las cosas más despreciables a la cara y sujetándola a fuertes castigos, pues recelaban lo que sucedió más tarde.

Como la criada la quería tanto, un día la sacó a paseo y la llevó a la iglesia de los cristianos y la santísima Virgen estaba en una imagen del altar mayor con su divino Niño en las rodillas, pues era Nuestra Señora de Europa. Al ver la santísima Madre de la misericordia se postró y entonces la santísima Virgen se le manifestó llena de resplandores y abrazándola como una tierna madre ama a su queridísima hija, ella, anonadada y abrasada en su amor se ofreció de una vez para siempre para ser suya y se consagró a su hijo benditísimo. Y propuso fugarse de su casa y pueblo para ser cristiana, no casarse jamás y hacer una vida retirada como en una estrecha Recolectación sin saber ella que hacía muchos años la había en la santa Iglesia de Jesucristo. La criada la sacó de aquel éxtasis dulcísimo y se fueron a su casa.

Como vemos por este relato, el origen de su decisión fue la visión sobrenatural de la Virgen María y de su Niño Jesús, que la llenó de un inmenso amor y la transformó en un instante de judía en cristiana, aunque no había recibido aún el bautismo, pero ya en su corazón era cristiana de deseo y su decisión de ser consagrada a Dios de por vida y con voto de castidad (dice de no casarse jamás) ya era una realidad en su corazón. En este caso, Dios la preparó por medio de la criada cristiana y le dio la luz clarísima de conocer la verdadera religión por medio de María y Jesús, sabiendo a ciencia cierta que Jesús era el Mesías prometido a su pueblo. A partir de ese momento, prefería morir antes que renunciar a su nueva religión y al amor a María y a Jesús. Por eso planificó con detenimiento la huida de su casa y se lanzó a la aventura de ser religiosa sin saber si la recibirían o qué sería de ella. Incluso el mismo día de su salida iba confiando en Dios sin saber si aquel mismo día tendría una casa para dormir y alimentos para comer. Ella se decidió, confiando en Dios, que no la defraudó y aunque costó un tiempo poder entrar en el convento, sin embargo podemos decir que valió la pena para que su decisión se hiciera más fuerte y estuviera decidida a dar la vida antes que retroceder, pero sufriendo por la posibilidad de que la hicieran regresar a su casa a la fuerza. Su padre con dinero trató de comprar a algunos amigos, incluso moros y cristianos, para disuadirla o raptarla. Pero Dios la fue sacando de los diferentes peligros, incluso contra la castidad, para demostrarle una y otra vez que su vida y su futuro estaba en sus manos y, a pesar del posible rechazo de las eclesiásticas, por razón de no ser limpia de sangre, por ser judía, algo en esos tiempos se tenía en cuenta, todo se fue allanando para gloria de Dios, bien de su alma y bendición de sus hermanas.

Sigamos con la narración de sor Inés: *Después del éxtasis en la iglesia, llegó a su casa y ya solo pensaba en el modo de salir, pues le parecía tan difícil o más que si estuviera en un convento. En este tiempo tuvo su madrastra un hijo y ella murió. Su padre le entregó a Simi el cuidado de la casa y esto la ató más para no conseguir su intento. Pasó el tiempo (No se sabe cuánto, quizás fue un año) y llegó la hora de Dios. El primero de marzo de 1817, sábado, se levantó a las 6 a.m., abrazó a su padre y le pidió permiso para ir a comer a casa de unas amigas. Él le dijo que se iba a la sinagoga pues era sacerdote. Ella se despidió de los criados y todos se extrañaron de que se hubiera levantado tan temprano. Les dijo que estaba invitada a comer en casa de unas amigas. Abrazó a su hermanito (dijo que se le partió el corazón, pues como lo había criado, lo quería mucho). Y puesto su corazón en Dios, rompiendo millares de ideas, temores y sustos, bajó las escaleras, tiró de su portón y los dejó a todos para siempre jamás.*

HUÍDA DE CASA

Tomó la muralla, vestida de medio tono y una camisa debajo del brazo (la única cosa que tomó de su muy rica casa), dejándolo todo a la divina providencia. Echó a correr por aquellos arenales, que se hundía a veces hasta las rodillas. Iba sin parar de correr y rezando a la santísima Virgen para que la guiara y guardara su alma y su cuerpo de todo mal. Al salir de la Plaza, salía también un sacerdote a caballo. Ella lo vio y corría más ella, que no la pudo alcanzar y en todo el camino dice que había muchos guardias y ni uno siquiera le dijo ni una palabra y al que debía presentar el pasaporte al pasar le dijo: “Soy hija de la plaza” y pasó a San Roque. Y el guardia le contestó: “Pase usted señora”, siendo una joven de lindas cualidades físicas. Y el Señor la guardó de todo insulto. Allí en La Línea se vio muy afligida sin saber qué hacer y en la primera tienda de campaña se entró. Era gente buena y la acogieron con mucha caridad. Dijo quién era su padre, su casa, número y demás y que venía a ser cristiana. La mandaron al señor Vicario de San Roque y antes se acogió a la bandera española. El Señor la sometió a terribles pruebas y temores, pues la querían entregar a las solicitudes de sus padres y demás hebreos, que daban mucho dinero a quien la entregara.

La libró el señor escribano de San Roque, que se la llevó a su casa y, después de dos meses de esperar, el escribano le escribió al superior, dándole cuenta de lo que estaba pasando a esa joven y que con toda su alma quería ser cristiana. El Vicario en un principio pensó que la joven venía a otra cosa y no hizo caso a sus súplicas y mandó que la condujeran a Medina, donde estaba por llegar el obispo en su visita pastoral. La entregaron, sin reflexión seguramente, a un arriero sola, para que la llevara.

SAN RAFAEL

Al empezar el camino se presentó un joven gallardo lleno de majestad y caminaron los tres. El arriero y Simi caballo y el joven a pie junto a ella, corriendo a trote los tres. Al llegar a Casas Viejas se bajaron de la bestia y se desapareció el joven sin decir palabra. Ella lo buscó por todas partes con la vista para que comiera y no lo vio. Comió el arriero y siguieron para Medina.

Se presentó al señor Vicario quien le preguntó si era de la Plaza. Ella dijo que sí. Él le contestó: “Hija mía, ¿con quién has venido?”. Y dijo: “Con este señor y un joven”. Entonces el arriero la desmintió, diciendo: “Nadie ha venido más que ella y yo”. Ella insistió en que venía junto a ella, andando, un joven y se sofocó el hombre diciendo que no habían venido más que los dos. Entonces conoció que el Señor la había favorecido con un favor como a Tobías, pero no sabía más que lo que resolvió el Vicario, que el joven era el santo arcángel san Rafael. Toda su vida estuvo agradecidísima por este gran favor y con dudas si sería el santo arcángel u otro santo. Pero un día de Jueves Santo el año 1881 estaba en el Oficio de Tinieblas como extática, miró muchas veces y conoció que tenía algo sobrenatural y el sábado lo manifestó y dijo (a sor Inés): “Hija, me encuentro mal de salud y no sé cuándo el Señor me llamará. Por si ya no tengo confesor de que esté enterado de mis cosas, a ti te confío que el Jueves Santo, en el Oficio de Tinieblas”, vi junto a mí al joven que me acompañó en mi venida y le pregunté quién era y me contestó que era el ángel san Rafael, que venía a decirme que era voluntad del Señor Dios se publicaran sus misericordias. Le pedí mucho por esta casa y me aseguró que no faltaría nunca la observancia. Le rogué que yo fuera pronto a ver a mi Dios, callando todo hasta que yo falte.

Observemos en este relato algo extraordinario. Para que estuviera tranquila durante el camino a Medina, Dios le dio un joven gallardo que la acompañó. Un joven lleno de Majestad, que solo ella vio y no el arriero, pero que sin duda alguna la protegió de cualquier mal pensamiento que pudiera haber tenido el arriero. Dios seguía protegiéndola en los peligros. No sabía exactamente quién había sido, pero después de muchos años (desde 1817 a 1881, después de 64 años) Dios le manifestó un día, estando como extática, es decir, como fuera de sí, que el joven del camino había sido realmente el arcángel san Rafael. Con esta experiencia, una vez más nos damos cuenta que la vida de Simi estuvo entrelazada con manifestaciones sobrenaturales de Dios y que no es de extrañar que ella realmente se entregara a servirle y amarlo con todo su corazón, viviendo una vida de santidad hasta su muerte. Ciertamente hubiésemos deseado que hubiera escrito su Autobiografía o que no la hubiera roto, como parece que sucedió, pero esto nos da pie para pensar que tuvo experiencias místicas que trató

de ocultar y que solo en muy pocas ocasiones la vieron en la oración como perdida, fuera de sí, es decir, en éxtasis de contemplación ¿Cuántas maravillas no experimentaría en esos momentos de intimidad con el Señor, sobre todo, en las noches enteras que se pasaba al pie del sagrario? Lamentamos el no poder saber algo más de estas experiencias divinas, pero, como dicen, para muestra un botón.

BAUTISMO

Siguiendo la narración, dice sor Inés que *la llevaron al convento de agustinas calzadas de San Cristóbal aquella misma tarde de su llegada a Medina. Al entrar se afligió muchísimo, pues le pareció la cárcel por ignorar la clase de vida, pero una virtuosa religiosa la consoló y tranquilizó su ánimo. La preparó para el bautismo el digno canónigo señor Ochoa, secretario del obispo, y cuando este señor obispo la vio, le dijo: “Aquí no hay que enseñarte, sino al Hijo, pues al Padre lo conoce”. Ella respondió: “Porque lo conozco, lo vengo buscando”. Y se determinó bautizarla el 1 de junio, día de la Santísima Trinidad. La víspera de este día, por la noche se puso a morir, pasó toda la noche de un desmayo a otro, con unos terrores y angustias atroces que daba lástima a todas las religiosas. Entonces la Prelada, recelando si sería obra de Satanás para impedir que comulgara, dispuso que no se le diera alimento hasta por la mañana, que se conociera lo que era; y mandó a algunas al coro a orar y se quedó con las más animosas, auxiliándola con los remedios que pudieron y, cuando amaneció, se puso buena. Salió del convento hacia la iglesia de la Coronada, la mayor de la ciudad, acompañada de todo lo principal del pueblo. Fue bautizada, confirmada y recibió la sagrada comunión con toda solemnidad y gran júbilo de su alma, de modo que le parecía nada lo sufrido por el gran bien que había alcanzado. Muchas veces me ha repetido: “Me infundió el Señor un gozo grande y una fe ardiente y viva. ¡Bendito sea millares de veces! Toda la vida conservo estos sentimientos y una grandísima gratitud a la vez que una pena terrible por los míos (familiares). En confianza me pedía que orara por ellos para que se convirtieran a Dios Nuestro Señor”.*

Vemos en este relato cómo en la recepción del bautismo, confirmación y comunión de manos del obispo, le dio el Señor tan gran alegría y júbilo en su alma que sintió la gracia de Dios en su plenitud de modo que la alegría de ser cristiana le hizo pensar en sus familiares, que vivían en la ignorancia de la verdadera fe y rezar y hacer rezar por ellos. Podemos suponer que toda su vida los encomendó en sus oraciones y que, al igual que su madre fue tan buena que estaría en el cielo, así también su padre, sacerdote, fiel cumplidor de la Ley de Moisés, iría al cielo. Y lo mismo podemos suponer con relación a su hermanito, a quien dejó de un año, y de otros familiares y amigos judíos, a quienes encomendó a lo largo de su vida y que Dios los recibiría en su reino por haber

recibido gracias extraordinarias por su intercesión, aunque hubieran permanecido fieles a su religión. Porque Dios no mira tanto lo que hacemos, sino el amor con que lo hacemos. Además, no solo se salvan los buenos católicos, sino cualquier persona de cualquier religión que haya vivido fielmente de acuerdo a su conciencia. Y en esto muchos judíos son de admirar, al igual que muchos católicos son de temer en cuanto a su salvación.

Después del bautismo volvió al convento de San Cristóbal y el señor obispo le encargó la dirección de su conciencia al señor cura de Santa María y en la primera confesión que hizo con él le dijo: *“Ya he hecho lo más, pero he ofrecido al Señor guardar una vida retirada y penitente y llevarla donde nadie supiera más de mi para dedicarme solo a Dios. El confesor le habló de este monasterio de agustinas recoletas, de su rigor, su silencio, soledad y santas prácticas. Pidió las santas Reglas y entonces se decidió a venir y decía que le gustó mucho encontrar lo que ella deseaba. El confesor, don Santiago Cardenoso, se lo participó al obispo y ambos convinieron en probar antes su vocación y que durante un año viera todas las funciones de la Iglesia y en ese tiempo se conocería si era de Dios y así se hizo. La señora doña Josefa Bueno, noble y virtuosa, la sacaba todos los días de fiesta a misa y la llevaba a su casa hasta la noche que volvía al convento. Esta señora y su familia la amaron como a una hija y son grandes bienhechores de esta comunidad los que aún viven. Pasó el año y sus deseos más ardientes de consagrarse de una vez al Señor dieron segurísimas pruebas de que era llamada por Dios para el extraordinario favor de ser su esposa.*

ENTRADA AL CONVENTO

Tomó el santo hábito el día 13 de junio de 1818. Ese día feliz, al entrar en nuestra iglesia, miró la imagen de la santísima Virgen de la Consolación, madre dulcísima de esta casa. Y ella dijo: “Nunca creí que las monjas me habían de recibir, siendo yo hebrea. Miré a la santísima Virgen y le pedí que fuera mi madre y que me diera luz para hacer y practicar cuanto las religiosas hacen y que nunca me dieran convulsiones (como la víspera del bautismo). Y yo misma me espanto cómo la santísima Virgen me ha cumplido, favoreciéndome en todos mis oficios y dándome fuerzas para seguir esta santa observancia.

El año del noviciado lo pasó llena de fervor y descubriendo un fondo excelente para toda clase de virtudes. Su virtuosa Maestra de novicias solo tuvo que moderar su vehemente deseo para trabajar y quitarles a las religiosas de las manos las cosas del trabajo de lo que cada cual tenía a su cargo. Era viva, alegre, modestísima y pronta a las humillaciones y sumamente fervorosa para la oración, el coro y otros actos de la Religión.

Observemos en ella una de las virtudes más importantes para la santidad. Primero la humildad, sabiendo aceptar las correcciones y humillaciones de las hermanas, pero también el ser alegre. Vivir con alegría la vida religiosa, sabiendo que Jesús era su esposo querido y que él la amaba con todo su infinito amor. Por eso dice sor Inés que era viva y alegre. Me imagino que, a pesar de su timidez y de no querer llamar la atención, sobre todo de los carismas recibidos, quería animar y alegrar la vida de sus hermanas. ¡Cuántas veces las animaría, cantándoles canciones aprendidas de sus padres o de la sinagoga en las grandes festividades. O animándolas a cantar con amor las canciones de la Iglesia! Ella era, en los años de su juventud, como el motor de la comunidad, no solo para trabajar, sino también para alegrar y consolar, y curar el cuerpo y el alma de las tristes y desanimadas. Siendo enfermera, podemos suponer que Dios, más de una vez, actuaría milagrosamente para curar no solo las almas sino también los cuerpos enfermos de sus hermanas. Dios no se deja ganar en generosidad y ante su amor y humildad, se rendiría a darle lo que le pidiera, aunque lo hiciera sin darse a conocer para evitar alabanzas, de las que huía a toda costa.

VIDA RELIGIOSA

Sigamos lo referente a su vida. Dios la probó al mes de entrar con llevarse para sí al señor Delgado, que era un padre para ella. Lo sintió, pero quedó conforme y resignada, ya que todo lo esperaba de su amantísimo Dios. A los diez meses de estar en el noviciado, era práctica dispuesta, por la Regla el votar a las novicias. Salió el confesor con el señor Corregidor, que era su padrino, a pedir ayuda para su dote y, en dos días que pidieron por las casas de los señores de esta antigua y noble ciudad, recogieron la dote completa, habiendo hasta porfía por dar. Y entregaron el dinero (11.000 reales de vellón), según costumbre, el día antes de profesar. Propuesta para la votación y examinada su voluntad vieron que estaba decidida y salió con todos los votos. Fue admitida por todas las religiosas con santo entusiasmo y alegría de todas, reconociendo que era una prenda apreciableísima que el Señor concedía a este convento.

Profesó con gran solemnidad el día 21 de julio de 1819 con el nombre de sor María Dolores del Amor de Dios. Le pusieron el santo velo el día 22, día de su amadísima santa María Magdalena, discípula amante a la cual siempre deseó y procuró imitar en su amor a Nuestro Señor Jesucristo, su dulce y divino esposo. Otra pluma más ilustrada podría expresar su alegría, su humildad y su grandísima gratitud el día de sus desposorios. Ella se entregó sin reservas a todas las obligaciones de la Religión, a cumplir las santas Reglas y Constituciones y costumbres de las que fue observantísima hasta el último

momento de su vida, teniendo una memoria feliz para tener todo siempre presente y practicarlo. Especialmente fue rigidísima observante de los santos votos, que con toda su alma juró. Obedecía a todas sus Superiores prontísima y alegre, y para todas se consideraba una pobre novicia. Su castidad fue como de un ángel, siempre purísima en pensamientos y en palabras de modo que tenía extraordinario cuidado en que ni aun remotamente pudiera peligrar la pureza. Jamás se vio ni desnudar ni vestirse delante de nadie y en su última enfermedad, que ya no podía nada por tener su cuerpo sin acción, suplicaba con toda humildad a las enfermeras que la taparan y cuidaran de su modestia, sufriendo un martirio en su espíritu cuando se llagó toda y tenían que lavarla. Solo se descubrió a la Madre enfermera, meditando la desnudez y vergüenza que sufrió Nuestro Señor Jesucristo en casa de Pilatos y en el Monte Calvario. Su pobreza era ejemplar y extraordinaria y tan extrema que nada tenía. Hasta la cama la pidió prestada, siendo así que le mandaban muchas cosas sus amigas y todo lo daba, siendo escrupulosa en esto, a pesar de que la Prelada le daba licencia. Sus hábitos eran los desechados por otras y, cuando se le hacía alguno nuevo, hacía que se lo dieran a otras, porque le estaban mejor que a ella y suplicaba a la Priora con toda humildad que se los quitara. En fin, murió pobre como su esposo Jesucristo.

En verdad podemos decir sin temor a equivocarnos que vivió los votos como una verdadera esposa de Jesús. El día de su profesión, que fue el día de sus desposorios definitivos, fue un día grande en su vida y en su corazón. Ese día se sintió verdaderamente esposa de Jesús y, como esposa amante, sentía que Jesús la amaba y ella lo amaba y por ello trataba de hacerlo feliz, cumpliendo bien sus obligaciones y haciendo felices a sus hermanas en todo. A partir de ese día su vida religiosa fue un vivir completamente su matrimonio con Jesús para servicio de los demás y pensando en su familia y en todos los hombres del mundo entero como sus hijos a quienes tenía que salvar. Por eso oraba mucho por los alejados de la fe y por los pecadores y muy en especial por el Papa, los obispos, sacerdotes y religiosas para que fueran fieles y santos para gloria de Dios y bien de las almas. ¡Qué coloquios tenía con Jesús Eucaristía durante las noches pasadas a su lado ante el sagrario! ¡Qué experiencias tan admirables las que le concedía el Señor en esos momentos de unión contemplativa! Solo lo podemos imaginar, pues ella no quiso llamar la atención ni que la admiraran por ello. Solo digamos que su matrimonio Jesús llenó toda su vida de amor y alegría, de modo que el amor y la alegría le salían del alma como el agua pura y fresca de una fuente inagotable.

Refiere sor Inés: *Su celda era un nido de paz, a todas atendía, a todas abrazaba como amantísima madre y hermana y por todas sufría en sus tristezas y se alegraba en sus alegrías. Su corazón era un foco de amor y de caridad, no había más amor ni más desprendimiento; siempre igual, siempre prontísima en*

socorrer a sus prójimos. Los oficios que le confiaron los cumplió a perfección. Tuvo oficio de refitolera, ropera, enfermera, sacristana, tornera. En este último oficio estuvo 19 años y en este largo tiempo no solo fue el bienestar y consuelo de todas, obrando el Señor grandes favores por sus benditas manos, sino a los seglares, para quienes era como una madre piadosísima para todos, dando consejos acertadísimos. Ella suplicó a la Prelada el permiso para dar limosnas y aquí los milagros se multiplicaron, daba a todos los necesitados y siempre andaba del torno a la cocina, dando para enfermos, para niños, para viudas, para todos, quedándose muchos días sin comer, porque su comida la daba para socorrer a algún necesitado en esa época en que todo era trabajar y sufrir (por la pobreza y escasez).

PROVIDENCIA DE DIOS

Notemos que sor Inés nos manifiesta un hecho del que fue testigo. Dice: *Un día fui testigo de esto: Estaba apuradísima nuestra Madre Amor de Dios, pues necesitaba 200 reales para pagar la compra que había hecho al por mayor y no tenía esa cantidad. De pronto me dice: Vamos a rezar a la santísima Virgen para que me saque de este apuro. Cuando volvimos de rezar, ella se quedó profundamente silenciosa y limpiando la mesa del torno, al pasar el paño cayó al suelo una porción de dinero de plata. Lo contamos y eran 200 reales. Yo, extrañada, le dije: Algún día pondría 200 reales". Ella respondió: "No, hija, hace poco limpié esta mesa y no había nada". Se hincó de rodillas y dio gracias a la Virgen*².

Cuántos casos habría vivido de estos sin darlos a conocer a sus hermanas para evitar comentarios hacia ella, como si fuera una santa que todo lo obtiene del Señor. Pero en realidad eso era. Su amor a Jesús y a María era tan profundo que Dios se gozaba de concederle sus peticiones. Por eso, podemos suponer de este caso en cuántas ocasiones solucionaría el problema de los pobres; que acudían pidiendo ayuda y también cuántas veces conseguiría con oración las ayudas necesarias para la comunidad. Dios le contestaba positivamente a sus peticiones para hacerla feliz. No olvidemos que Dios no se deja ganar en generosidad. Por eso dice en el párrafo siguiente que se podría formar un libro si se hubieran de escribir tantos favores.

² Bueno Lozano Martín, *Simi Cohen*, Sabadell, 2002, p. 96.

AÑOS SIN NOVICIAS

Continuamos la narración de so Inés: *Como había entonces tan pocas religiosas por los años que quitaron las licencias de entrar (por las desamortizaciones del gobierno español, tanto de Mendizábal en 1836 como el de Madoz en 1855) ella trabajaba por cinco o más religiosas, ya en coladas, en la enfermería, en la ropería, en todos los oficios, ayudando a todas y siempre humildísima, creyendo que no hacía nada. También en este oficio hizo el gran bien de buscar religiosas y facilitando sus entradas, tanto a las ricas como a las pobres, buscándoles medios. Adquirió 9 jóvenes que tomaron el santo hábito y levantó un poco el ánimo de las religiosas, porque por 17 años no había entrado ninguna (por prohibición del gobierno). Así cumplió su deseo de dar gloria a Dios, que este era su vehemente deseo: el culto a Dios. Su amor a la santísima Virgen era tiernísimo, esmerándose muchísimo en que no faltara su novena. Y en época más favorable buscó para hacerle un precioso altar, que se pone en su fiesta de la Consolación, pagándole este Dios misericordioso mandándole ayuda para su amante comunidad. Se podría formar un libro, si se hubiera de escribir tantos favores. Y, a pesar de tener el oficio de tornera, no se distraía jamás de la constante y dulce presencia de Dios, ni faltó al coro. Era como la enamorada esposa del Cantar de los Cantares, toda para su amado y su amado todo para ella. Tenía sus dos horas de oración y otra extraordinaria de 10 a 11 de la noche y los días de fiesta era todo el día una constante oración.*

COMUNIÓN MILAGROSA

Su devoción a la sagrada Eucaristía y su fe era tiernísima y vivísima. Siempre recibió al Señor con extraordinaria devoción; y aun siendo muy anciana se hacía llevar entre dos para recibirlo diariamente, comunicándole el Señor grandísimos consuelos y luces y una esperanza tan grande como si ya lo viera en el cielo. Así lo esperaba. Y esta esperanza la comunicaba a cuantas le hablaban del cielo. Todos los meses hacía la novena al Santísimo Sacramento y en su octava la hora de gloria todos los días. Cuando era joven, se quedó muchos años todas las noches delante del Santísimo... El último favor que me comunicó el día 19 de marzo fue que como ya estaba y enferma en su celda y no le tocaba ese día recibir a su santísimo esposo sacramentado, sabiendo yo sus vehementes deseos por recibirlo, después de pasar la santa misa le dije: Pobrecita mía, cuánto te compadezco. Este día del santo Patriarca no ha comulgado. Ella, poniéndose muy alegre y fervorosa me contestó: “No me compadezca por esto, que yo he comulgado”. Le respondí: “Sí, espiritualmente”. Me respondió: “No, no, sacramentalmente, con la sagrada forma lo mismo que tú, pues cuando me quedé sola, mientras la misa de comunidad, llamé a nuestro padre San Agustín y le dije: “Padre mío, yo quiero comulgar y ver la sagrada forma”. Y en el momento

la vi y comulgó. Con esto conténtate y no me preguntes más. Y como ella era tan humilde y prudentísima, no quería hablar de cosas extraordinarias.

Aquí tenemos un caso más de los carismas que recibía de su divino esposo Jesús, al igual que otros grandes santos: Recibir la comunión milagrosamente. No aclara sor Inés, si fue por medio de San Agustín, de un ángel o del mismo Jesús o de la Virgen o solo que se apareció la hostia en el aire y se fue a su boca para recibir así la comunión. De todas formas el milagro es igualmente grande. Jesús permite que comulgue milagrosamente para contentar y alegrar a su querida esposa. Como anota sor Inés, cuando era joven pasaba las noches en la capilla ante Jesús sacramentado, el Señor le comunicaba grandes consuelos y luces y una esperanza tan grande como si lo viera en el cielo ¡Cuántas confidencias y regalos le daría Jesús! ¡Qué experiencias sobrenaturales no disfrutaría!

Dejémosle con sus secretos, ya nos ha mostrado un poquito de lo que pensábamos. Ese poquito que nos ha revelado ha sido como la punta del iceberg, que deja oculta la mayor parte de sí mismo. ¡Bendito sea Dios en sus maravillas!

La Prelada la nombró maestra de novicias, cumpliendo este oficio santamente con gran espíritu y mucho bien para sus hijas. También fue subpriora. Y en todo fue modelo de una perfecta religiosa. En toda su vida se le notó un espíritu valiente y penitente. Muchos años guardó todo el rigor de las Reglas, ayunando sus ochos meses y agregando el lunes por las almas del purgatorio. Por la noche y por la mañana solo tomaba un pedacito de pan y un poco de té sin azúcar. Después de tener más de 80 años, la Prelada, viendo que se iba debilitando le prohibió ayunar. Se rindió, supliendo con muchos actos piadosos que es imposible manifestar. Su penitencia interior era extrema, en todo se negaba a sí misma. No se conocía lo que le mortificaba o le estaba bien. Tenía igualdad de ánimo y era amabilísima en el trato siempre consolando a las tristes, animando a sufrir, estimulando a lo más perfecto. Tenía estas palabras para ella y sus hijas: *Al cielo, Al cielo, alma mía.*

Continuamente oraba por la Iglesia, a quien amaba como un serafín abrasado, sintiendo tanto sus persecuciones y las de su Pontífice y sacerdotes, que no se puede ponderar. Cuando sabía algo de lo que sus enemigos hacían, había que moderárselo, pues se ponía a morir de ver lo que ella es para sus hijos los cristianos y lo que los malos hijos maltratan el Corazón de Jesús, esposo de esta santa Iglesia.

ÚLTIMA ENFERMEDAD

Cuando cumplió 81 años, empezó a prepararse para morir. Suplicó a la Priora que la eximiera de cargos y la dejara sola, dedicada a la oración y rigurosos ejercicios espirituales, en su celdita y el coro. A pesar de la mucha falta que hacía a la comunidad y a las personas seglares que la tenían continuamente en consultas y peticiones como a una gran santa. La Prelada le concedió su humilde petición y entró con el mayor gozo de su alma a morar siempre delante del sagrario, empezó cinco años de ejercicios, saliendo solo de estos para los actos de comunidad y atender a sus amadas hermanas, cuando tenían necesidad de ella.

Todos los días visitaba en espíritu las estaciones de Roma y de Jerusalén y la casita de Nazaret, que como sabemos está en Loreto, a la que tenía una ardiente devoción. Hacía novenas en todas las festividades a la santísima Virgen. Era devotísima de la sagrada Pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Celebraba y honraba al Sagrado Corazón de Jesús, que era su luz, su fortaleza y la dulce morada de su alma. Para estas romerías (en espíritu) tenía convidada a santa Catalina de Bolonia, san José Benito Labre y a la venerable Madre Agreda, a quien siempre amó como a una madre y decía que vendría por ella a la hora de su muerte. Para los muchos rosarios que rezaba, convidaba y llamaba su compañera a santa Brígida y al gran Padre santo Domingo. Amaba mucho al santo Patriarca san José, que era su Padre y su amigo, su amo y paño de lágrimas, rezándole su mes (marzo) y rezándole también su novena diaria todo el año por las muchas necesidades que le encomendaban, que era certísimo que se lo concedía todo. Y lo mismo todos los días rezaba a los Dolores de la santísima Virgen, devoción ardiente de su corazón, y siempre los tenía presentes. Recordemos que le ofreció a la Virgen llamarse Dolores, si la traía a España y era cristiana sin perder su reputación y sin mancha en su conciencia, lo cual se lo concedió. También era amatísima de nuestro Padre san Agustín y de los santos de la Orden. Se preparaba para sus fiestas con extraordinarias penitencias y actos heroicos de virtud y este santo doctor y gran Maestro y dulce Padre de la Iglesia se lo pagaba al ciento por uno.

COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Pongamos atención a esto que nos dice sor Inés. Ella vivía como algo natural la comunión (común unión) con los santos del cielo. Además de su gran devoción a la Virgen y a Jesús Eucaristía, su amor era muy grande a san José, que según se dice le concedía todo lo que pedía (eso mismo decía santa Teresa de Jesús). Por otra parte vivía en unión permanente con san Agustín y los santos de la Orden. Aparte tenía algunos santos de su especial devoción como a santa

Brígida, santa Catalina de Bolonia, san Benito Labre (el santo mendigo), la Madre Ágreda, a quien consideraba una madre para ella, y también nos habla de santo Domingo. Por supuesto podemos poner a muchísimos otros a quienes tenía una especial devoción, aunque no comunicara sus nombres a sus hermanas o no los nombre sor Inés para no extenderse mucho en este asunto. Precisamente todos los santos sin excepción han vivido su vida espiritual en unión con todos los santos del cielo, invocándolos, en especial el día de su fiesta, y teniendo a algunos un especial cariño y devoción. Sin olvidarse de su ángel custodio y de los ángeles de sus hermanas y ella, muy concretamente, de san Rafael arcángel, que la acompañó en su viaje a Medina.

SU MUERTE

Sor Inés nos dice: *El Señor la probó el último año de su vida con una terrible enfermedad de hidropesía al corazón. Ella se gozaba en sus dolores, y decía: 'El Señor me ha hecho un gran regalo; no ha querido vaya andrajosa, sino adornados todos mis miembros'. Sufrió sus terribles fatigas y dolores sin dar un quejido, alegre siempre, amabilísima con todas como si nada sufriera. Se le vio hincharse toda, sin poder estar en cama, sino en un pobre sillón tres y cuatro días, sin más movimiento que el que le hacían sus piadosas hermanas y enfermeras... Cuando se le hablaba si estaba molesta con su enfermedad, contestaba: "Calculen cómo estaré, pero no hablemos de eso, sino de cosas bonitas de Nuestro Señor". Así estuvo once meses, cada vez peor y con unas ganas vehementísimas de irse con su Amado al cielo. Recibió los santos sacramentos con extraordinario fervor, suplicando se los llevaran con toda frecuencia posible. Se le concedió varias veces a la semana el sacramento del amor, todo su consuelo, su dicha y fortaleza, pues parece mentira tuviera la paciencia, prontísima obediencia y alegría, en medio de un sufrimiento tan grande. Se hizo una llaga toda. Se le hincharon las manos de modo que no podía tomar nada. Era como una madre, aconsejando a todas, abrazándolas y prometiéndoles las había de amar más en el cielo.*

La penúltima noche le dio un fuerte síncope y se le recomendó el alma. Cuando volvió en sí, se le llevó la comunión. Última vez se abrazó con su Amado para no soltarlo jamás. A la otra madrugada entró en una poca de agonía, pero en su conocimiento. El confesor le preguntó si se le ofrecía algo para reconciliarse. Contestó que por la misericordia de Dios nada se le ofrecía, pidiendo perdón a todas repetidísimas veces, dando gracias a todas que las amaba con todo el corazón a sus buenas hermanas, y que se las dieran a todas las personas que tanto la habían favorecido, que moría gozosísima por morir en el gremio de la Santa Iglesia y ésta la llevaba dentro de su corazón. Llamó a nuestra reverenda Madre priora y le pidió la diera su licencia y bendición para

morir, la cual, bañada en lágrimas, se la echó. Después dijo: “Ya suenan las carrozas del acompañamiento que viene por mí”. Y contentísima, invocando a su amantísima Madre, se reanimó un poco, y dijo: “Ya está aquí la muerte”. Y expiró sin hacer más, como si entrara en un placidísimo sueño (R.I.P.) entre una y dos de la madrugada del día 8 de Enero de 1887.

Estuvo su cadáver expuesto en el coro bajo, con mucha concurrencia. Venían para encomendarse a ella los fieles que la aclamaban como a la santa madre Amor de Dios. En la tarde del mismo día se le dio sepultura en la bóveda del antecoro bajo con la presencia de la reverenda Madre Priora y de toda la comunidad. Hizo su oficio con la solemnidad que acostumbra la parroquia de Santa María la Coronada con la asistencia de todo el venerable clero de la ciudad.

Aquí termina sor Inés. El obispo de Cádiz aprobó esta biografía escrita por sor Inés.

En razón de la brevedad, impuesta por la misma índole del documento, omitió algunos detalles, que cuenta en otros lugares. Dice sor Inés:

Era una noche de vientos, relámpagos y truenos con fuerte lluvia.

Como ya estaba administrada, la comunidad no se acostó.

Sor María Antonia, la Priora, le dijo: ‘Madre Amor de Dios, la comunidad está aquí’. Ella contestó: “Deseo rezar el santo rosario”. Ahora mismo lo rezamos, pero vuestra caridad rece para sí para que no se canse. Terminado el rosario, entró en la última agonía, dulce y envidiable, y expiró.

Cuando Simi cerró definitivamente los ojos para este mundo, sor María Antonia de Santo Domingo, dijo a la comunidad: “Si la hermana Amor de Dios no es santa, no sé yo quién lo será, pues no he visto caridad, humildad y silencio como el que ella ha practicado. Las demás decían: “La hermana Amor de Dios es cristiana, porque oía, veía, entendía y sentía, pero no hay más remedio que reconocer que su virtud era heroica”. El comentario posterior de sor Inés fue: “Era muy estimada de las monjas que la habían conocido. Todas reconocieron su mérito”.

Tan convencidas estaban de haber perdido a una santa que tuvieron prisa en darla a conocer y enviaron unos apuntes de su vida a Fray Conrado Muiños Sáenz O.S.A. con los que redactó varios artículos en forma de novela. Los publicó en “La ciudad de Dios”, prestigiosa revista, editada por los padres agustinos de El Escorial (Vol XVIII, año 1889), y, luego, en un pequeño libro.

CARTA DE SIMI

Leamos ahora una carta de Simi cuando ya tenía 74 años, aunque se repite cosas que escribió sor Inés, que conoció esta carta y la copió de su puño y letra.

Medina Sidonia, Mayo 16 de 1875.

Como ya estoy tan anciana y creo que cerca de ver a mi dulcísimo Padre que tantas misericordias ha derramado sobre esta inútil criatura, deseo, pues, complacerte, pero con la condición que te has de quedar en mi lugar cuando yo falte en dar continuadas gracias a ese santísimo Padre que me sacó de la nada y tinieblas en que nací; pero, hija mía, desde que tuve uso de razón me acuerdo que la religión cristiana era la única que creía., y tenía una voz secreta que me impelía para abandonar la de mis padres.

Por fortuna tenía una criada cristiana, y ésta, pidiéndoselo yo y agasajándola con cuanto podía, me habló de la vida de los cristianos, sus sacramentos, sus misterios y me inspiró la grande obra de amar y venerar a la Santísima Virgen. Rezaba con ella el santo rosario en sitios excusados, y siempre me encomendaba a la Señora para que hiciera la gracia de que yo fuera buena cristiana. Mi padre era sacerdote por ser de la tribu de Leví, y era acérrimo en su Ley; continuamente me reprendía por celos de verme amiga de la criada, y pasé mucho por cosas que yo no podía callar, y le contestaba cuando tachaba la ley de los cristianos.

Siempre crecían mis ansiedades por ser cristiana. Mi madre murió al darme a luz y pidió en aquellos precisos momentos que si yo no había de ser buena, hiciera el gran Dios de sus padres que me muriera con ella. Se llamó Esther y mi padre Jacob que la quería mucho y puso todo su cuidado en criarme y me puso un ama cristiana. Nací el día 4 de Abril de 1801 en Semana Santa. Después se enlazó otra vez mi padre y tuvo un hijo y murió la esposa también como mi madre al darlo a luz.

Como conocían repugnancia en mí a aprender el hebreo y seguir la religión del judaísmo, en venganza no quisieron que aprendiera a leer ni a escribir ni a nada. Yo que quería aprender las dos cosas para instruirme y adquirir medios para salir de allí, pedí a la criada dicha me enseñara y me trajo una cartilla, yo la guardaba de mis padres, pero me cogieron un día con ella en la mano, y era menester haber visto aquella escena para admirar la bondad del Señor que me dio firmeza... Por supuesto, me la hicieron pedazos por tener la Santísima Cruz; pero compraba otras que he guardado para sólo mi Dios. Entretanto me negaba a ir a la sinagoga.

Tuve dos veces el grandísimo consuelo que la criada me sacara a paseo y me llevara a la iglesia de Europa, y vi a mi santísima Madre la Purísima María con su hermoso Hijo en los brazos. Allí sentí lo que no me es lícito describir. Sólo sé que me consagré a ella y le ofrecí llevar su nombre, y como la criada llevaba esos escudos de Dolores por promesa, allí, como pude, ofrecí ponerme María de los Dolores, y no ponerme galas, sino vivir retirada y sin comodidades, si la Santísima Virgen me traía a España y me libraba de ofender a Dios; y también si no perdía mi reputación. Yo pensaba en una vida sin saber que tantos siglos ya existía como la que con tanto gusto he abrazado. (Se refiere a las agustinas recoletas en cuyo convento de Medina vivió y escribió esta carta.) Yo decía, cuando sea yo cristiana, no tengo nada de mis padres, pero no importa, yo entraré a servir a alguna gente piadosa y siquiera serviré de niñera. Pero ya ves que no ha sido menester servir a nadie más que a mi Dios y nada me ha faltado. Bendita tan gran bondad.

Así estuve fluctuando sin poder resolverme, con las batallas más atroces, sola, sin confesor, sin libros, sin tener con quién confiarme, hasta que Dios me dio aquella determinación, que cuando lo reflexiono yo misma me asombro, hasta que Dios me dio su Santísimo Espíritu. A las seis de la mañana el 1º de Marzo de 1817 (todavía con 16 años) me vestí de medio tono, me despedí de mi padre y le besé la mano. Se extrañó me levantara tan temprano, y le respondí que no podía dormir. Le pregunté si venía a almorzar y me contestó que sí, pero como era sábado iba a la sinagoga. Me despedí de todos los criados, y hubo su broma que por qué me había levantado tan temprano; les dije iba a comer con unas amigas, que no me esperasen en todo el día. Me despedí y abracé a mi hermano pequeño, que sentí un pesar tan terrible que, si me detengo algo, no me vengo. Pero como llegó la hora de Dios y ya determinada, tomé las escaleras, y con sola una camisa debajo del brazo, que fue lo único que saqué de mi casa, salí con grande prontitud y cerré la puerta con ánimo de jamás ni nunca volver a ella. Formada mi resolución de ser cristiana, si me cogían, correr y meterme en la iglesia de los cristianos y gritar que era cristiana y dejarme hacer pedazos antes de no cumplir mi resolución.

Seguí las calles y llegué a la muralla, que fue otro prodigio con tantos guardias y gente de todas clases, y yo tan joven y sola, y ninguno decirme una palabra. Yo, sin parar de invocar a mi Santísima Madre, le iba rezando para que guiara mis pasos. Al llegar a la muralla, le dije al que debía presentar el pasaporte: “Yo soy de la Plaza (así se designaba entonces a Gibraltar), y pasé a San Roque”. Me contestó: “Pase usted, señora”. Cuando llegué a la Línea me quité mis zapatos y eché a correr como una pluma por aquellos arenales que me hundía hasta las rodillas. Detrás de mí iba un sacerdote a caballo, como supe después, y no me pudo alcanzar.

Al llegar a la Línea me vi muy afligida sin saber adónde volver la cara, y vi una tienda de campaña y me entré. Era una buena familia y le dije mi situación, mi casa, mi familia y demás señas y número de mi casa, y que quería ser cristiana. Esta buena señora me acogió con mucho agrado. Me mandó a San Roque con un arriero.

El buen sacerdote que corrió detrás de mi para alcanzarme era compadre de esa señora y dijo que me llevaran a San Roque a casa del Vicario. Y como los altos juicios de Dios son tan incomprensibles, me recibió con mucha mofa, y que si iba a buscar novio. Le dije al arriero que me llevara a su casa. Hija, como en esos momentos no obraba yo, sino la gracia de Dios, me dio el Señor una fortaleza más grande que le respondí que no me traía sino Dios para ser cristiana; que no traía más fin que conseguir esto y después entrar a servir; le dije cuál era mi casa, para que viera que no me traía engaño, sino que Dios me llamaba a su ley verdadera.

El buen arriero era un pobre lechero y me llevó a su casa, nunca olvido lo que en su pobreza me obsequió y su esposa. Se alborotó San Roque por esta circunstancia, que debo decirte que acababa de haber misiones. Un venerable quiso ir a la Plaza a predicar y no se lo permitieron. Entonces se fue a la Fuente de San Roque, predicó allí un sermón al aire, y cuando concluyó, dijo: “Pronto se verá la presa que he cogido”, y a los cuatro días vine yo.

Te puedes figurar cómo andarían las beatas por ver a la que traía el padre. El arriero, mi buen hombre, me agarró de la mano, y las mujeres empeñándose con el arriero por verme, como si fuera un fenómeno.

Llegó a oídos del Escribano —don Francisco Zagala—, y también vino a verme a la choza, porque tuvo noticias que el Vicario me quería mandar a Algeciras, porque era el Gobernador muy amigo de los hebreos, y me hubiera entregado. Pero Dios se valió del Escribano. Me llamó. Me dijo lo expuesta que estaba, y que si me quería quedar en su casa. A lo que le contesté que si no me hacía traición que desde luego me iría con él. Me dijo que primero daría la vida que hacerme traición, lo que cumplió.

Como cuantas pesquisas hacían para rescatarme eran en balde, viendo que no lo podían conseguir, lo llamaron ofreciéndole una exorbitancia de dinero, porque se juntaron todos los amigos de mi padre, para que el Escribano sacándome de paseo me entregara a traición. Dijo que primero daba su vida que hacer semejante cosa. Y tuvieron tanta compasión de mí que nada me dijeron hasta que pasado todo me lo dijo una hermana de él.

Estuve dos meses así y sufrí muchas entrevistas y malos ratos. Un día fueron dos moros halagándome muchísimo. Eran conocidos y muy ricos. Me hablaron de mi deber en mirar por la vida de mi padre, que estaba tres días sentado en la escalera sin comer ni beber hasta que fuera yo. Ellos salían por fiadores que nada me harían. Contestación mía, que no traía más fin que ser cristiana, apostólica y romana, que no haría nada en desdoro de mi familia, que por el mundo entero no dejaría de serlo, y antes de volver a mi casa daría la vida. Ellos dijeron que eran arrogancias españolas. En todo esto no obraba yo, sino el Espíritu de Dios en mí. Yo por mí no soy nada. Dios era mi todo.

Antes de irme con el Escribano, mi buen arriero para asegurarme más me llevó a la casa del Corregidor para que me acogiera a la bandera española, y así que cuando vinieron las cartas y requisitorias dijo el Corregidor que no me podía entregar, porque me había acogido a la bandera española. El que las trajo, conocido mío, me dijo que no venía sino a cumplir, que me fuera a Madrid, sería la Reina mi madrina, y me divertiría mucho. Respuesta mía, que no venía buscando diversiones que las tenía, sino la salvación de mi alma.

Nota de sor Isabel: Simi guardaba un recuerdo imborrable de inmensa gratitud hacia aquella familia compuesta del matrimonio y de una porción de hijos chiquitos, Vivían en una casita muy pobre y, como suelen hacerlo, comían todos en una cazuela de barro. Para que a ella no le diera asco de los chicos y su humilde vajilla, le dieron un par de huevos cocidos, cosa que le impresionó vivamente al ver la delicadeza y atención de aquellos pobrecitos, a quienes daba miles de gracias. También agradeció con toda su alma el sacrificio de cederle su cama de matrimonio, sentándose aquellos pobres consortes a la puerta de la habitación para que ella durmiera bien descuidada y, guardada.

Y sigue diciendo: Entre estas y otras andaba de tribunal en tribunal, sufriendo en mi espíritu lo que solamente Dios sabe de zozobras y en una casa extraña sin saber lo que sería de mí. Cada bocado que tomaba pasaba muchísima vergüenza, pues como no sabía trabajar, no hacía nada, pero me obsequiaron muchísimo. Siempre con miedos no me cogieran y sucediera una desgracia.

Pasé dos meses así hasta que el Escribano tomó la mano y escribió al señor obispo... Este mandó me trajeran inmediatamente a Medina con todo resguardo. Y tan grande fue que como el Vicario y el Escribano andaban traspunteados, me mandaron con un hombre en una bestia. Solo los dos, el hombre y yo.

Al subirme a la bestia se presentó un joven gallardo y se puso junto a mí. Y viniendo la bestia de posta, él andaba lo mismo junto a mí. No me habló nada.

Lo que pasó en mi interior cuando nos veamos en la presencia de Dios se sabrá. Pero en lo humano me hizo el Señor grandísimos prodigios, pues venía expuesta a mil peligros, de matarme, de llevarme a la Plaza, de divertirse conmigo, pero el Señor permitió que nada me sucediera. Yo venía invocando a la Santísima Virgen, que era mi refugio.

Al llegar a Casas Viejas se desapareció el joven, y por más que yo volvía la cara por todas partes no volví a verlo más. Estuve un rato sentada en aquellos poyos. Le di al hombre que comiera de la buena comida que el Escribano, que fue un padre para mí, me dio para el camino. Yo no tomé nada hasta las 8 de la noche que entré en el convento de San Cristóbal, que otro día te celebraré el paso chistoso que pasé en la entrada de este convento.

Al llegar a Medina, nadie nos daba razón del Vicario que era a quien yo venía recomendada, y aquí te quiero ver: el hombre salió de sí echando contra los clérigos. Entonces le dije que se sosegara, que yo lo llevaría. Le pregunté a una mujer que le dije que me llevara a casa del Vicario. Me dijo se había muerto. Le dije que no era ése, sino uno viejecito. Entonces me llevó y a pocos pasos me lo encontré. Le dije: “A usted es a quien yo vengo buscando”. Me preguntó: “¿Eres tú la de la Plaza?” Le dije que sí, y le entregué el memorial. Me preguntó: “¿Con quién has venido?” Le dije que con el señor y un mocito. El hombre me desmentía, diciendo que no venía más que yo y él solos. Le di las señales de él, y que venía junto a mí. Entonces dijo el señor Vicario: “Hija, ése era San Rafael que venía acompañándote”. Me mandó con aquella mujer a San Cristóbal, convento de “las monjas de abajo” y “que yo iré allá”. Se quedó con el hombre litigando el uno que era Rafael, el otro que no venía nadie. Me despedí del hombre y ya no le he vuelto a ver más.

Me llevaron a San Cristóbal... Estuve allí un año, pero como Dios me llamaba a esta vida, me vine aquí sin saber cómo, donde he vivido siempre contenta. Creo, señorita y amiga mía, quedará usted contenta porque este sacrificio se lo merece mi santísimo Patriarca San José que me trajo tan buena amiga. De esto no te pido más, sino que me encomiendes a Dios, que tengas siempre presente a esta comunidad a la que siempre he amado mucho; particularmente a mi Corazón de María (Inés) te la dejo por hija, y que mires siempre por ella en lo espiritual y temporal.

Tu amiga y hermana en J. M. y J., que te desea ser una santa. María Dolores del Amor de Dios.

HECHOS SEMEJANTES

a) Conversión de Alfonso de Ratisbona

*Entre los hechos más notables de la medalla milagrosa, anotemos la conversión del judío Alfonso de Ratisbona (1812-1884), abogado y banquero muy hostil al cristianismo, que se encontraba en Roma por motivos de salud. El 20 de enero de 1842, su amigo Teodoro de Bussiers, convertido del protestantismo, iba a la iglesia de Sant'Andrea delle Fratte y le invitó a entrar. Previamente, le había dado una "medalla milagrosa" y una copia de la oración "Acordaos" de San Bernardo para que la rezara todos los días. Y allí se le apareció María. Al salir, le contó a su amigo, besando la medalla que tenía en su bolsillo: "La he visto, la he visto. Todo el edificio desapareció de mi vista, vi un gran resplandor y en medio de aquel resplandor, sobre el altar, se me apareció erguida, espléndida, llena de majestad y de dulzura la Virgen María, tal como está pintada en la medalla, y me sonrió, no me dijo nada, pero yo lo comprendí todo". En esa misma iglesia, en la capilla de la Virgen, se leen estas palabras: "El 20 de enero de 1842, Alfonso de Ratisbona de Estrasburgo, vino aquí judío empedernido. La Virgen se le apareció como la ves. Cayó judío y se levantó cristiano. Extranjero, lleva contigo este precioso recuerdo de la misericordia de Dios y de la Santísima Virgen". Alfonso se hizo sacerdote y ahora es reconocido como un santo, San Alfonso de Ratisbona*³.

b) Conversión

Muchos judíos se han convertido a la Iglesia católica a lo largo de los siglos, al igual que Simi, encontrando en la Iglesia la plenitud de la fe judía. Acaso no fue Jesús un judío? ¿Acaso no fueron judíos su madre y sus apóstoles? ¿No se formó con judíos la primera comunidad de Jerusalén?

Jean Jacques Bernard (1888-1972), escritor y dramaturgo francés de familia judía. Cuando fue detenido en diciembre de 1941, no era todavía católico, pero en el campo de concentración encontró a Cristo a través de auténticos cristianos y, entonces, se dio cuenta de que Cristo es la culminación del judaísmo, que, en vez de alejarlo de su pueblo, lo había acercado más a él. Dice: *Un judío es un hombre de la raza de Cristo, de la raza de la madre de Cristo. Y démonos cuenta también de que un cristiano es un hombre que lleva a Cristo en sí. Cristo se perpetúa sobre la tierra en cada cristiano. Así, un judío que llega a ser cristiano, completa en sí toda una evolución; compensa en cierta medida, la ceguera de aquellos que no han reconocido al Dios anunciado. Y esto exige que*

³ *Conversión de Marie Alphonse Ratisbonne, racontée par lui-meme, Paris, 1842.*

un judío hecho cristiano, hecho Cristo sobre la tierra, podrá ser crucificado por los hermanos aún extraviados, aunque él, en su corazón cristiano, no dejará de amarles y de rezar por ellos... Nunca repetirá bastante que el Dios de Israel es nuestro Dios, los profetas de Israel son nuestros profetas y los salmos de Israel impregnan toda nuestra liturgia. El cristianismo se asienta en el judaísmo; igual que una encina echa raíces en el suelo donde fue plantada su simiente...

Antes de mi conversión, iba hacia la Iglesia sin sospechar que iba, al mismo tiempo, hacia Israel. La Iglesia e Israel son una misma y única religión. La religión madre y el complemento. El Antiguo y el Nuevo Testamento. ¡Un mismo Dios! ¡Una misma fe! Después de esto, el sentimiento de mi deuda respecto a los judíos no ha cesado de aumentar... Sé bien lo que venimos a buscar los hijos de Israel en la Iglesia. Por encima de todos los errores, las cegueras, las incomprensiones y las deformaciones, por encima también de los olvidos y de las rutinas, de la pereza y de las somnolencias, venimos a buscar la palabra verdadera de nuestro común hermano, de Jesús, que siempre está vivo ⁴.

c) Sor Juana de la Cruz (1481-1534)

Sor Juana de la Cruz, llamada de santa Juana deseaba ser religiosa y tuvo que huir de su casa con 15 años para cumplir su deseo y servir a Jesús toda la vida, siendo su esposa; pero su padre no quería. Teniendo ya 13 ó 14 años la envió a casa de unos tíos ricos para que pudiera tener posibilidad de relacionarse con gente de más categoría social y tomar un buen partido.

Entrando en casa de sus tíos, vio junto a una imagen de la Virgen una hermosa fuente y dos serafines con sendas jarras en las manos y no hacían otra cosa que sacar agua de la fuente y muy a menudo llenar y verter las jarras. Estos serafines, cada vez que entraba ella en ese aposento, la miraban, se reían y se alegraban mucho. Ella decía que recibía mucho consuelo siempre que los veía y que no quisiera salir de ese aposento. No sabía qué se hacía con esa agua que los serafines derramaban y su ángel, años después, le explicó que esa fuente era milagrosa y el agua representaba la gracia del Espíritu santo que abundantemente infundían en su alma ⁵.

Un hidalgo de Illescas, Francisco Loarte, se enamoró de ella y la quiso por esposa. Su padre y sus tíos ya le habían dado el consentimiento y ella con sus 15 años pensó que nunca le darían permiso para ser esposa de Jesús.

⁴ M. Nedoncelle y R. Girault, *Testimonios de la fe*, Ed. Rialp, Madrid, 1953, pp. 70-84.

⁵ Daza Antonio, *Historia, vida y milagros, éxtasis y revelaciones de la b. virgen sor Juana de la Cruz*, Madrid, 1614, p.10.

Para cumplir sus deseos, tomó una decisión arriesgada, le quitó el traje a su primo: calzas, juboncillo y borceguíes con sombrero ladeado y espada al cinto y en la oscuridad de un amanecer se fue al convento. Durante el camino estaba asustada por el miedo a que la descubriesen. Tuvo que sentarse un rato. Se sentía débil para continuar el camino y en ese momento oyó una voz. Era la voz de su ángel que le decía: *Esfuérzate, esfuérzate. No desmayes. Sigue adelante.* De pronto, vio que venía un jinete en su caballo. Era su pretendiente, pero no la reconoció. Se puso a rezar y vio a la Virgen con el Niño Jesús. Continuó el camino y al llegar al convento se cambió de ropa y llamó. La abadesa la recibió. Era el 3 de mayo de 1496. Cumplía 15 años. Como Simi tuvo que huir de su casa para cumplir sus deseos.

d) **Beata Cristiana de la Cruz (1237-1310)**

Esta religiosa agustina tenía mucha devoción a san Miguel, que se le aparecía de vez en cuando como san Rafael a Simi. Estando en Luca, una noche se le presentó el demonio con una boca enorme que quería tragársela. Entonces invocó en su ayuda a san Miguel arcángel, que se le apareció a su lado y no solo la libró del demonio, sino que la consoló y tranquilizó ⁶.

Cuando emprendió el viaje al santuario de san Miguel del monte Gárgano con unas amigas, se les unieron, unos hombres que parecían amigos, pero querían robarles e incluso ultrajarlas. El glorioso san Miguel se les apareció con la figura de un joven muy hermoso, diciéndole: *Hija, aléjate inmediatamente de este lugar, porque con engaño quieren haceros mal estos malvados, que no solo quieren quitaros vuestros bienes temporales, sino también los espirituales* ⁷.

San Miguel, antes de encaminarlas por el camino principal, las llevó a una fuente y les dio unas hogazas de pan y, sacando una copa que tenía debajo de la dalmática (capa de los diáconos), hizo que repusieran las fuerzas y después las guió al camino recto y las dejó. Desde entonces san Miguel se le apareció varias veces durante este viaje, dejándola siempre con mucha alegría y consuelo ⁸. San Miguel la libró de los peligros como a Simi san Rafael.

⁶ Contemporáneo, Legenda B. Xripstiannae virginis, biblioteca de Firenze, p. 91.

⁷ Ib. p. 91.

⁸ Ib. pp. 92-93.

e) **San Pío de Pietrelcina**

En una oportunidad el padre Pío, vestido de militar, no tenía para pagar el billete del autobús para ir a su pueblo y el ángel lo pagó por él. Era el año 1917, en plena guerra mundial. El padre Pío había ido a Nápoles para el control de su salud en el hospital militar. El 6 de noviembre le dieron licencia por ocho días. Fue a la estación y sacó gratis el billete en tren de Nápoles a Benevento. Tenía una lira de dieta para el viaje. Él dice: *A la salida del hospital, atravesé una plaza donde había mercado. Me detuve un poco para observar lo que vendían y se me acercó un hombre que vendía sombrillas de papel por una lira, pero no podía quedarme sin nada, pues debía pagar el viaje (de Benevento a Pietrelcina).*

Seguí caminando y vino otro vendedor de sombrillas por 50 céntimos. Viendo a aquel hombre que tanto me insistía para llevar el pan a sus hijos, le tomé una y le di 50 céntimos. Él, feliz, se fue. Yo estaba cansado y afiebrado. El tren llegó a Benevento con mucho retraso. Apenas bajé del tren fui a la estación para tomar el autobús para Pietrelcina, pero ya había salido. Tuve que hacer noche en Benevento y pensé en quedarme en la estación para no importunar a los amigos que conocía. Busqué un lugar en la sala de espera, pero estaba llena de gente. La fiebre aumentaba cada vez más y no tenía fuerzas ni para tenerme en pie. Cuando me cansaba de estar quieto, caminaba un poco dentro y fuera de la estación. El frío y la humedad penetraban en mis huesos y así pasaron muchas horas. Me vino la tentación de entrar en el bar de la estación, porque allí el local estaba caliente, pero estaba lleno de oficiales y soldados, esperando trenes y cada uno gastaba su consumo. Yo solo tenía 50 céntimos y pensaba: “Si entro, ¿cómo hago?”. El frío se hacía sentir cada vez más y la fiebre me consumía. Eran las dos de la mañana y no había ni un sitio vacío en la sala de espera ni para echarme a descansar en el suelo.

Me encomendé a Dios y a nuestra Madre celeste. No pudiendo aguantar más, entré en el bar. Las mesas estaban ocupadas y esperaba con ansia que alguno se levantara para dejarme un sitio vacío. Hacia las tres y media llegó el tren Foggia-Nápoles, y varias mesas quedaron vacías, pero por mi timidez no me dio tiempo para ocupar ni siquiera una silla. Yo pensaba: “No tengo dinero ni para consumir más de un café y, si me siento, ¿qué ganaría este pobre propietario que se pasa toda la noche trabajando?”. A las cuatro llegaron algunos trenes y quedaron dos mesas vacías. Me acomodé en un rincón, esperando que no lo notaran los camareros. Después de unos minutos, llegaron un oficial y dos suboficiales y se sentaron en la mesa vecina. De inmediato se acercó el camarero y también a mí me preguntó qué quería. Tuve que pedir un

café. Los tres tomaron algo y de inmediato se fueron, pero yo me decía: “Si lo bebo pronto, tendré que salir y quiero que el café me dure hasta que llegue el autobús”. Cuando el camarero me miraba, trataba de mover la cucharilla como para mover el azúcar en el café.

Por fin llegó la hora, me levanté y fui a pagar. El camarero me dijo gentilmente: “Gracias, militar, pero todo está pagado”. Pensé: “Como el camarero es anciano, quizás me conoce y me quiere hacer una cortesía”. También pensé: “¿Habrá pagado el oficial?”. De todos modos lo agradecí y salí. Llegué al lugar del autobús y no encontré a ninguna persona conocida que me prestara para pagar el billete de Benevento a Pietrelcina, sólo tenía 50 céntimos y el billete costaba 1.80. Confiando en la providencia de Dios, subí al autobús y tomé lugar en uno de los últimos lugares para poder hablar con el cobrador y asegurarle que pagaría el porte a la llegada. A mi costado tomó lugar un hombre grande, de bello aspecto. Tenía consigo una maletita nueva y la apoyó sobre sus rodillas.

Partió el autobús y el cobrador se iba acercando a mi puesto. El señor que estaba a mi lado sacó de su maletín un termo y un vaso, echando en el vaso café con leche bien caliente. Me lo ofreció, pero, agradeciéndoselo, traté de no aceptar. Dada su insistencia, acepté mientras él se servía en el vaso del mismo termo. En ese momento llegó el cobrador y nos preguntó adónde íbamos. Todavía no había abierto yo la boca, cuando el cobrador me dijo: “Militar, su billete a Pietrelcina ya ha sido pagado”. Yo pensé: “¿quién lo habrá pagado?”. Y le agradecí a Dios por aquel que había hecho esa buena obra. Por fin llegamos a Pietrelcina. Varios pasajeros bajaron y también bajó antes que yo el señor que estaba a mi lado. Cuando me doy la vuelta para saludarlo y agradecerle, no lo vi más. Había desaparecido ⁹. Según contaba después, era su ángel, al igual que san Rafael ayudó a Simi.

f) Sor Ana de San Agustín (1555-1624)

Fue muchos años tornera del convento y refiere: Una vez, estando con mucha falta de dineros y teniendo necesidad de mudar el torno de un lugar a otro, y hacer otras obras, y para el sustento de la comunidad, acudió a pedir al Niño Jesús la remediase. Y habiéndose apartado de él y vuelto, halló en una cestica que esta testigo le tenía puesto en el brazo, cantidad de dineros en plata y oro, de más de trescientos reales, o hasta treinta ducados, que en particular cuál de estas dos sumas ciertas fuese no se acuerda al presente; de los cuales fue

⁹ Proceso de canonización, problemi storici, pp. 533-534.

gastando y supliendo las necesidades dichas que el convento tenía como provisoras que también era en él, y a cuyo cargo era el gastar lo necesario.

Y asimismo se acuerda que otra vez teniendo mucha necesidad de dineros para el sustento de las religiosas del convento, porque en él no había blanca, acudió al Niño Jesús como de ordinario lo solía hacer, y le pidió remedio, y al punto que fue movida de ir a buscar a un corral del convento, y escarbando en un agujero de una tapia de él, halló sesenta reales en plata, los cuales se echó en la faldriquera, y fue gastando de ellos todo lo que fue necesario para cuanto se ofrecía de gasto ordinario y extraordinario del convento, sin que en mucho tiempo se le acabasen; y esta testigo tuvo por muy gran milagro el hallar los dichos sesenta reales en la parte y de la manera que los halló.

Y siempre que le pedía dineros, se los daba, a sus pies le ponía unas veces cuatro reales y otras veces ocho, del mismo dinero que el Niño le había dado; otras veces le decía: “Tomad, Señor, eso, y pues véis la necesidad que tengo, guardádmelo y dadme más, cuando venga por ello”; y que siempre que volvía hallaba enteramente lo que había menester, como arriba tiene dicho, lo cual sucedió a esta testigo en todos los ocho o nueve años, que fue portera, así viviendo la santa madre Teresa de Jesús como después de muerta, hasta que cumplió con el dicho oficio ¹⁰.

Jesús le proveía milagrosamente como a Simi en las necesidades del convento.

g) San Juan Bosco

Un día de 1859, Don Bosco bajó al refectorio, no para comer, sino para salir. Les dijo: *Hoy no puedo comer a la hora acostumbrada. Necesito que, cuando salgáis del comedor, haya siempre uno de vosotros hasta las tres con algún chico escogido entre los mejores, rezando ante el Santísimo Sacramento. Esta tarde, si obtengo la gracia que nos es necesaria, os explicaré la razón de mis plegarias.*

Don Bosco volvió al atardecer y dijo, respondiendo a las preguntas: Hoy a las tres, vencía un compromiso serio con el librero Paravia de 10.000 liras. También urgían otras deudas, que alcanzaban también otras 10.000 liras. He salido en busca de la providencia sin saber a dónde iba.

¹⁰ Proceso III, de canonización de santa Teresa, pp. 447-450.

Al llegar a la Consolata, entré y rogué a la Virgen que me consolara. Al llegar a la iglesia de santo Tomás, se me acerca un señor muy bien vestido que me dice:

- *¿Usted es Don Bosco?*
- *Sí, para servirle.*
- *Mi patrón me ha encargado que le entregue este sobre.*

Hubo suficiente para que pagara todas las deudas urgentísimas ¹¹.

Un día de 1860, después de la misa, no había para dar a cada chico el panecillo para el desayuno. Ese día, no había pan en casa y el panadero ya no quería fiar más hasta que no le pagaran lo que le debían. Entonces, Don Bosco dijo a dos chicos:

- *Id a la despensa y juntad todo el pan que encontréis y todo lo que podáis hallar en los comedores.*

Había muy poquitos panecillos y no alcanzaban para todos. Don Bosco, después de confesar, se dirigió a distribuir los panecillos. El cesto del pan tenía unos quince panecillos. Y Don Bosco se puso a distribuirlos a unos cuatrocientos jóvenes. Al terminar, quedaba la misma cantidad que al principio. Éste es el milagro de la multiplicación de los panes. En otra oportunidad, fue la multiplicación de las castañas o la multiplicación de las hostias consagradas hasta en 4 oportunidades. En todos estos milagros, Dios, con su providencia, premiaba la fe de Don Bosco y lo socorría en sus necesidades. Así hacía también con Sii, aunque ella lo ocultaba.

h) Sor Ana de San Agustín (1555-1624)

Esta religiosa carmelita descalza era muy devota de S. Agustín. Nos dice: Un día de fiesta fui a oír misa a San Pablo en Valladolid y en el camino de casa a la iglesia topé con una mujer pobre que iba tan hecha pedazos y con tan poca ropa que ofendía mirarla por no llevar la honestidad que por ser mujer se requería. Me dio lástima y me acerqué y le dije que se fuese conmigo y, llegando a la iglesia, entré en una capilla donde no me pudiesen ver y me quité la saya y se la puse a la pobre. Y en el tiempo que me detuve en esto se acababan todas las misas y yo me quedaba sin misa, siendo día de precepto. Miré a ver si había alguna misa me respondieron que no. Me afligí grandemente y pensé si todo no habría sido tentación del demonio para hacerme caer en aquella culpa que a mí

¹¹ Memorias bibliográficas VI, p. 175.

me parecía grave y. estando así, llegó un hermano mío a decirme que había llegado un religioso agustino a la sacristía a vestirse para decir misa y me alegré mucho y oí aquella misa con grandísimo consuelo y devoción. Y después me dijeron que no sabían quién había sido ese fraile que había dicho misa y que después de quitarse los ornamentos había desaparecido sin saber adónde había ido.

En la noche, estando dando gracias a nuestro Señor, se me apareció san Agustín y me dijo: *Por aquella obra buena que hiciste con aquella mujer pobre, me envió nuestro Señor a decirte misa.* Le pregunté quién era y respondió: *San Agustín, de quien tú eres devota.* Y yo, que siempre había sido su devota, lo fui mucho más después y propuse llamarme de su nombre, cuando fuese monja ¹².

El Señor le concedió la gracia de que S. Agustín le celebrara misa y le diera la comunión. Simi también recibió la comunión de modo milagroso.

i) **Sor Mónica de Jesús (+1964)**

Ella, agustina recoleta, como Simi, recibió la comunión milagrosamente. Nos dice:

Anteayer estuve todo el día en cama. Al hacer la comunión espiritual, vino el ángel. Tenía la palmatoria con la luz y otro ángel, que yo no había visto ninguna vez, trajo a Jesús. Sentí un gusto tan exquisito como algunas veces se deja sentir Jesús ¹³.

El ángel me ha traído tres veces la comunión, cuando no podía bajar a comulgar y hacía las comuniones espirituales. Yo lloraba, porque quería recibir a Jesús sacramentalmente. Y estas tres veces me dijo: “Prepárate como cuando bajas”. Él estuvo un rato preparándose y antes de irse encendió una vela que yo tenía y, al poco rato, vino con Jesús. Estas tres veces sí lo vi (a Jesús) en la hostia santa con los ojos de la carne, pero otras veces no lo he visto, aunque he sentido el gusto a sangre en la boca como muchas veces la siento cuando comulgo sacramentalmente ¹⁴.

¹² Autobiografía 8.

¹³ Carta del 15 de setiembre de 1915.

¹⁴ Carta del 29 de setiembre de 1915.

*Estuve unos días en cama y mi ángel me trajo a Jesús por la mañana. Su hermano mayor (ángel de su confesor) y el de la Madre traían cada uno una vela, alumbrando a Jesús. ¡Cuán bueno es mi ángel y cuánto me quiere!*¹⁵.

Muchos santos han recibido la comunión de modo milagroso de manos de Jesús, de la Virgen María, de su ángel o de otro ángel como san Miguel o de otros santos, por ejemplo santa Verónica Giuliani (1660-1727).

CONCLUSIÓN

Después de haber leído atentamente cuanto hemos expuesto, podemos dar gloria a Dios en sus santos y en particular en la vida de Simi, una auténtica cristiana, que encontró la plenitud de su fe en Jesús y en la fe cristiana. Ella la vivió desde niña, cuando vio a la Virgen María y entendió que María, como judía, cumplió los planes de Dios en la plenitud de los tiempos, dándonos a su Hijo Jesús.

Simi tuvo la gracia de tener algunos dones sobrenaturales. Sor Inés habla de que le notaban espíritu profético. Mucha gente acudía a ella buscando un consejo y un consuelo, pues reconocían en ella y no en otras religiosas el don de conocimiento de corazones para dar consejos apropiados a las necesidades personales. Por supuesto que podemos hablar de éxtasis cuando en la oscuridad de la noche, siendo joven, se nos dice que pasaba las noches en oración ante el Santísimo. Y en esos momentos su alma se llenaba de amor y se metía dentro del Corazón amoroso de Jesús, donde encontraba delicias inenarrables. Y ya hemos visto el regalo del arcángel Rafael para acompañarla por el camino, el regalo que recibió en diversas ocasiones de recibir milagrosamente regalos de dinero o de otras cosas necesarias para la comunidad, así como haber recibido, al menos una vez, la comunión sacramental, aunque no manifestó de manos de quién, pero eso ya era suficiente para pensar en los dones milagrosos de Dios para su amada esposa.

Y cuando, a partir de la desamortización de Mendizábal se persiguió a la Iglesia y en particular a sacerdotes y religiosas, su comunidad fue salvada por gracia de Dios. En Medina fueron cinco los conventos que tuvieron que cerrar. Cuando a partir del 18 de agosto de 1835 el gobierno prohibió la admisión de nuevas novicias, se quedaron sin poder admitir postulantes durante 17 años, pero pudieron sobrevivir, porque Simi y la Piora, la Madre Nicolasa, se multiplicaban por cinco y, a pesar de las dificultades económicas y de vida religiosa, pudieron salir adelante y sobrevivir. La Madre Nicolasa fue Piora durante 19 años y Simi estuvo en el torno esos 19 años, preocupándose que no faltara a la comunidad la

¹⁵ Carta del 22 de enero de 1923.

comida y las cosas más necesarias para la vida diaria. La expoliación de sus bienes tuvo lugar en 1837. Sor Josefa del Carmen, que era la Priora, sufrió mucho, entregando cuanto tenía para la subsistencia de la comunidad, porque no podían cumplir ni siquiera obligaciones de misas encargadas, ya que a veces no tenían ni para comer. El 23 de mayo de 1840 tuvieron que vender la cadena de oro que tenía el pectoral de San Agustín, dos bateas de plata y ocho candeleras de lo mismo, no quedando cosa alguna en la caja de capitales. Sor Inés anota que algunos días en que Simi, como tornera, no tenía ni un real para mandar comprar algo en la plaza, iba al coro a pedirlo a la santísima Virgen de la Consolación y, sin saber cómo, personas desconocidas tocaban en el torno y dejaban una limosna sin saber quién había sido ¹⁶.

A veces Dios mismo lo hacía de modo milagroso. Dios las preservó de ser expulsadas, pero veían con angustia cómo la comunidad se iba acabando, quedando las religiosas cada vez más ancianas y enfermas, a la vez que morían algunas sin tener repuesto. No obstante Dios oyó sus oraciones y por fin, a partir de 1853, se pudieron recibir nuevas novicias y Simi pudo reunir 9 jóvenes, que dieron nueva vida a la comunidad y tranquilidad para el futuro.

Ella se iba santificando en las circunstancias negativas del ambiente social y a través de enfermedades que no la dejaban. Sor Inés refiere que sufrió muchos años una llaga dolorosa en el costado izquierdo sobre las costillas, pues por ser portera y tener que conducir a unos albañiles con el velo sobre el rostro, no vio un asiento que estaba en parte no acostumbrada y tropezó y se lo clavó en el pecho. No dijo ni palabra y sufrió ese martirio hasta que al lavarle la ropa, cuando ella no podía por enfermedad, lo descubrieron. La obediencia le obligó a curarse y decía: *Por Dios, M. Priora, permítame su reverencia que siquiera tenga este recuerdo de la pasión de mi Dios*. Y tuvo que soportar la llaga que no se le curaba a pesar de los remedios. Incluso, cuando ya estaba en la última enfermedad, toda hinchada y sin poder moverse, tuvo que aceptar el soportar que la enfermera la tuviera que descubrir para curarla, a pesar de que por su modestia, hubiera preferido no hacerlo.

Lo que sí debemos anotar con claridad y en la que insisten mucho las religiosas que la conocieron, es que nunca perdía la presencia de Dios. Dios era el amor de su vida. Vivía y sufría y todo lo hacía por él y con él, y muy concretamente con su esposo Jesús con ayuda de los ángeles y de los santos. Por todo ello, por su paciencia en el sufrimiento, por su humildad y paciencia... por toda su vida llena de amor y de virtudes, podemos decir sin temor a equivocarnos que fue una verdadera santa.

¹⁶ Bueno Lozano Martín, o.c., p. 92.

